

la soledad. La meditación florece en el silencio, en la paz, en la contemplación. El intelectual rebosa intimidad por todos sus poros.

Hasta cuando se interesa en las luchas civiles hay en la voz del intelectual un acento más puro. No lo mueven menguados apetitos ni ensaya posturas para la historia ni se hieratiza en la actitud que reserva a la posteridad. Simplemente, como cuando riega su jardín, quiere crear un mundo nuevo, quiere hacer realidad el verso con que canta su profunda canción interior.

El libro del señor Díaz Casanueva tiene, al menos, el mérito de sugerir. Es la mano que despierta sonatas en el arpa dormida. Alrededor de él podría hacerse todo un programa y un índice de la poesía para los niños. Es el esqueleto de un buen libro que pudiera y debiera intentarse. Saludemos en él una bella, una bella y generosa intención malograda.

Si hay tiempo y ocasión insistiremos y fundamentaremos algún día este esquema que, en su parca y desnuda brevedad actual, acaso pudiera parecer un poco arbitrario.

VIVA MI DUEÑO, por don Ramón del Valle Inclán.—Librería Fernando Fe. Madrid, 1928.

Henos aquí ante el tomo segundo de la serie *El Ruedo Ibérico* que escribe el caballero don Ramón María del Valle Inclán y Montenegro. El primer tomo, publicado ya, se titula *La Corte de los Milagros*. El tercero, en turno de publicación, *Baza de Espadas*.

En el biológico declinar de su existencia, Valle Inclán quiere emular con el intelecto las proezas de su héroe Montenegro, «el vinculero violento y feudal».

Nunca el estilo del autor de las *Sonatas* ha sido más mozo y ágil que en estas sus obras de senectud. Cuando leímos *Tirano Banderas*, conocida ya la maravilla de los esperpentos, saludamos con fe y emoción una nueva senda en la prosa castellana.

Las obras de *El Ruedo Ibérico* van haciendo ruta por ese camino que les trazó su creador pasada ya la claridad del mediodía. Del estilo recamado de adjetivos y metáforas salta Valle Inclán a la prosa trémula, viviente, cinematográfica, cargada de acción y movimiento.

Murmuraciones de palacio, intimidades de alcoba, asonadas de cuartel, «oro, seda, sangre y sol» de plaza de toros, confesores enérgicos y monjitas alucinadas y dominadoras, curas que ahorcan las sotanas y toman la carabina del guerrillero hacen ondear las páginas de *Viva mi dueño* con un viento de actualidad trágica e inminente. Se lee, se lee sin el tropiezo de la literatura, empujado por el ansia de estar cerca de esas vidas aventureras y heroicas, de sorber su tesoro vital hasta las heces. No encontramos en el libro almas paráliticas, corroidas por una sujeción servil a la realidad, incapaces de esfuerzo y heroísmo. Esas almas disfrazan su cobardía de escepticismo y su condición servil de desdén por lo patético e indiferencia por lo heroico. En las páginas de *Viva mi dueño*, en las que voluntariamente se deforma la realidad en una admirable armónica mixtura de tragedia y bufonada—el esperpento—, respiramos una atmósfera de alta tensión saturada de aventura, de intriga, de odio, de violencia, de sacrificio. Allí los hombres son hombres y las pasiones son pasiones.

Valle Inclán es un ejemplo glorioso e ilustre de la atracción que como un norte mueve las mentes más claras de la época: la simplificación de la forma literaria. No es la pobreza del indigente sino el lujo del gran señor que se despoja de galas insolentes cuando va a la conquista del mundo y se reviste, como de una túnica, de su gran dignidad interior.

ALHUÉ. *Estampas de una aldea*, por González Vera.—Santiago, 1928.

Hasta los detalles son simpáticos en este libro:

Esta obra, en número de mil ejemplares, se imprimió, por cuenta del autor.